

Nociones de antepasados

Juan Ángel Juristo

Desde que este otoño pasado Gonzalo Torné ganase el Premio Jaén de Novela con *Hilos de sangre* los elogios sobre el libro no han hecho más que crecer hasta el punto de ir constituyéndose casi en una suerte de novela de culto. Autor de una narración anterior, *Lo inhóspito*, donde Gonzalo Torné rendía su deuda con modos de escribir donde la autoconciencia se erigía en punto de toque de cualquier manera de afrontar lo literario, es también autor de un prólogo muy curioso, se presenta en forma novelada, a la correspondencia de Jack El Destripador, de una novela gráfica, *Tannhäuser*, galardonada con el premio Viñetas 2000, además de haber ejercido una intensa labor como traductor, vertiendo a nuestro idioma a poetas como William Wordsworth o John Ashbery y filósofos como Roger Scruton. Hago hincapié en estos breves apuntes biográficos porque iluminan en buena parte lo que el lector se va a encontrar en *Hilos de sangre* y que explican en parte esa creciente ola de culto en torno a su autor.

Varias cosas llaman la atención nada más empezar a leer el libro. Desde luego la ambición, enorme pero nada dada a lo espectacular, sabiendo que esa querencia sólo se revalida en los resultados, pero también la profunda intuición que sobre lo que debe ser el arte este autor posee y que otros alcanzan a una edad mayor o con una obra más dilatada. Todo ello se conforma así porque hay en Gonzalo Torné una formación teórica muy medida y un aprendizaje de lo literario que recurre a lo esencial. Se percibe a las claras su formación filosófica, pero también su goce por inmis-

Gonzalo Torné: *Hilos de sangre*. XXVI Premio Jaén de Novela. Editorial Mondadori. Barcelona, 2010.

cuirse en la obra de los grandes dramaturgos del pasado, Sófocles, Shakespeare, Ibsen, Chejov..., que, sin embargo, no obsta para que en esta novela los diálogos no adquieran un protagonismo desmesurado sobre la descripción. Antes al contrario. El teatro le ha servido para no diluir la narración en digresiones que no llevan a parte alguna. De ahí que la concentración, o mejor, la falta de dispersión, en esta novela sea importante hasta el punto de constituir en gran parte su seña de identidad más relevante.

Todo ello ha constituido una sorpresa para un lector ávido de toparse con una novela sólida y, a la vez, alejada de la tendencia a lo fácil pero también de lo que pasa por una excelencia falsa. Y es probable que en esa recepción haya influido algo que el lector percibe a las pocas páginas de la lectura de la novela pero que no acierta a explicarse de entrada: el compromiso de Gonzalo Torné con una novela alejada tanto de sectarismos vanguardistas como de las pesadas losas del realismo convencional. Para él la lección de las grandes novelas del XIX y del XX es su ambición de totalidad, de armonía entre el pensamiento y el compromiso con la vida, por lo que cualquier recurso literario no debe ser desdeñado en aras de una teorización sobre lo que debe de ser o no el hecho narrativo. De ahí que en la novela se note una tendencia a la armonización entre descripción y diálogos, por ejemplo, y que en ella no se perciba ni rastro de cualquier mención a los recursos meta-literarios, que Gustavo Torné, al igual que la tendencia actual al microrrelato, rechaza.

Ello no significa, por otro lado, que la novela se adscriba a un modo tradicional de narrar o que el autor haya combinado con cierta maestría recursos de uno y otro lado en una suerte de que-rencia posmoderna. La gracia de esta novela estriba en que es una narración con ambiciones muy dilatadas, casi en la herencia del XIX, pero muy consciente de los recursos literarios al uso desde entonces, y que, si se permite el símil, estarían vigilantes en la recámara, listos para su uso cuando la ocasión lo requiriera. Así, por poner un caso, el lector no sabe hasta la página 130 que Clara, la protagonista de la novela, y Amanda, son mellizas, ya que la información sobre lo que acontece a esta familia de los Monsalvatge se desvela según transcurre la acción. Gonzalo Torné suele poner como ejemplo supremo de este recurso *Ulises*, de James

Joyce. Como en esta novela, el lector desvela rasgos y sucesos del pasado de los personajes según actúan. Aquí se hallaría una deuda evidente con los recursos de vanguardia, pero por poner un ejemplo nada obvio, el género epistolar ocupa en esta novela una extensión nada desdeñable hasta el punto de constituirse en su estructura esencial. Pues bien ese recurso es parte integrante de nuestra tradición por lo menos desde el Barroco, pero lo novedoso estriba en que ese artificio se ha modernizado gracias a los correos electrónicos que es el modo en que el género epistolar debería revelárenos hoy día. La novela, ni que decir tiene, hace profusión de ellos en grado sumo. De estas combinaciones sabiamente administradas entre lo moderno y la convención tradicional surge la atracción que ejerce este libro, una atracción que tiene mucho que ver con el compromiso ante lo que debe ser el hecho literario que se percibe de continuo en éste.

El título, por otro lado, alude a esa tensión permanente en que se forma una familia y que Tolstoi resumió en la frase con que comienza *Ana Karenina*: «Todas las familias felices se asemejan. Cada familia infeliz es infeliz a su modo». De ahí lo de los hilos como trazos de unión entre las distintas generaciones, pero también lo de la sangre como metáfora del lado oscuro en que cada familia se conforma. En la novela se nos da cuenta larga de la saga familiar de los Montsalvatge, pero sobre todo de la generación que media entre Gabriel, el abuelo, y sus nietos, Clara, Amanda, Álvaro..., de la generación que tuvo que recurrir a la sangre para que aquellos que les sucedieran permaneciesen incólumes, a la de los nietos, esos supuestos inocentes, que quieren saber del pasado y que no cejan hasta que éste les sobreviene bajo la forma de una venenosa dádiva: el abuelo, poco antes de morir, desvela a Clara los avatares de su juventud en una Barcelona dominada por las luchas a muerte entre anarquistas y miembros de la patronal y luego en una ciudad desmembrada por la guerra civil donde el asesinato y la delación sólo serán meros recursos de una desesperada supervivencia. Conviene decir que esta saga familiar, que se constituye en torno a una indagación y a un desvelamiento que tiene por escenario la guerra civil, pasa de puntillas, aposta, por la contienda hasta tal punto de que hay errores de bulto muy conscientes, como un modo de exorcizar los meros datos históricos, a

saber, que Franco era tuerto, por poner un caso. Sin embargo la brutalidad de los actos cometidos no quedan velados, antes bien se exacerban. En esta novela no se ahorran detalles de la miseria de la condición humana aunque tampoco se magnifican y el estilo, conciso, meramente descriptivo muchas de las veces, ayuda a que aquello que se narra se muestre en su desnudez más opaca, más terrible también. Finalmente, la indagación que Clara lleva a cabo hacia la familia se torna en cierta manera una metáfora de lo literario en cuanto tiene que recurrir siempre a la memoria y a sus trampas para formar cualquier atisbo de historia, por raquítica que sea. No es casual que la mayoría de los personajes de la novela sean escritores, Clara, el marido de ésta, Joan Marc, Álvaro, su hermano... Parecería que, en última instancia, esta extensa novela de una saga familiar se muestra como lo que puede llegar a dar de sí lo literario. Desde luego que es ésta una de las muchas lecturas a que esta novela, hecha de múltiples recursos, podría llevarnos. Pero hay muchas más. Esta es también una de las muestras de sus muchos logros. ©